

JUAN A. MATEOS, UN DRAMATURGO OLVIDADO

Alejandro Ortiz.

Acercarse al a veces ignorado ambiente literario del México del siglo diecinueve, suele ofrecernos sorpresas que mueven nuestra curiosidad y nuestro deseo de saber más acerca de la vida y la obra de aquellos intelectuales de entonces que, de manera conjunta a los caudillos y héroes populares y revolucionarios, lucharon con la pluma, por las mismas causas.

Incluso muchos de aquellos grandes periodistas y literatos llegaron a luchar tanto por la vía de las letras como por la de las armas para defender su idea de nación.

Tal fue el caso de autores importantes como Vicente Riva Palacio, quien alcanzó el grado de general, Ignacio Ramírez, Juan A. Mateos, Francisco Zarco, Ignacio Manuel Altamirano, entre los más destacados.

Era México, entonces, un país en el que el trabajo intelectual y literario se asumía de igual manera que el político y el de las armas, donde la eferbescencia social resultaba sin duda el caldo de cultivo para la consolidación del concepto que en nuestros días denominamos Cultura Nacional. La proverbial lucha política entre liberales y conservadores, tenía resonancias en el mundo de las letras y visceversa; así el ámbito literario de mediados del siglo XIX en adelante, se circunscribe a no tanto a corrientes o modas, sino a los avatares políticos de cada bando, aunque con ciertas peculiaridades, como nos lo hace notar el "Duque Job" Manuel Gutiérrez Nájera en un artículo publicado en 1889:

"No estamos divididos en bandos literarios, no giramos en sendas y diferentes círculos artísticos, en México . . . no hay más que mochos y puros. La división de siempre, aquí **EL TIEMPO**: allí, **EL COMBATE**. Para el **Mucho**, todo lo que producen los literatos y poetas liberales, es, por fuerza, malo, pésimo. El liberal es algo menos apasionado; reconoce, a ocasiones, los méritos de los escritores reaccionarios, pero como es de **ene**, no puede prescindir de guardarles algo de inquina y reconcomio, hace memoria de las malas pasadas que le han jugado, observa el despegue y desdén con que lo miran, y aunque quiera ser imparcial no puede serlo . . ."¹

Del ala liberal de esa peculiar lucha de facciones intelectuales destaca singularmente Ignacio Manuel Altamirano, autor de ese clásico de la literatura romántica mexicana que es su novela **CLEMENCIA**, quien con su profunda y fructífera labor literaria encauzó los ímpetus de muchos jóvenes nacidos en la primera mitad del siglo diecinueve. Altamirano, con su vida y con su obra, estableció de alguna forma un modelo de congruencia nacionalista del intelectual ante sus circunstancias históricas.

Ignacio Manuel Altamirano, inicia sus estudios superiores en el Instituto Literario de Toluca bajo la tutela del maestro de los intelectuales de entonces, Ignacio Ramírez. Estudia después en el colegio de Letrán, para posteriormente luchar en defensa de la nación con las armas y las letras.

Como literato y periodista instaura las legendarias veladas literarias que dan pie a la creación de dos revistas fundamentales en la historia de la literatura mexicana: **EL CORREO ILUSTRADO** (1867) y **EL RENACIMIENTO** (1899).

En varios sentidos podemos asumir que fue vida paralela a la de Ignacio Manuel Altamirano la del, en su tiempo renombrado dramaturgo, Juan Antonio Mateos, quien al igual que Altamirano debe su formación intelectual y literaria al Instituto Literario de Toluca y a Ignacio Ramírez.

A la par que Altamirano, Mateos militó en el liberalismo, y fue asimismo militar, político, novelista y periodista, aunque en el campo en donde con mayor medida destacó y en donde, paradójicamente es menos reconocido, es en la dramaturgia.

Según el investigador teatral Luis Reyes de la Maza: "Mateos es, quizá, el autor dramático más fecundo del Siglo XIX. . ."², y aquí podríamos añadir, que en buena medida tan famoso y reconocido o más que los tres dramaturgos más conocidos en nuestro tiempo de aquellos años: José Peón Contreras, Manuel Eduardo de Gorostiza o Fernando de Calderón.

La labor como autor dramático de Mateos se circunscribe a cincuenta años de labor prácticamente ininterrumpida, con una asombrosa producción que sobrepasa la cincuentena de obras; la mayoría, por desgracia, perdidas.

Si aunamos el número de su obra dramática, con su cotidiano quehacer periodístico, y su también nada despreciable producción novelística, no cabe duda que habrá que asombrarse ante la capacidad de producción literaria que tenía este autor.

Mateos, al igual que Altamirano, defendió a la República, no sólo como intelectual, sino también combatiendo con las armas bajo las órdenes de los generales Jesús González Ortega y de Ignacio Zaragoza.

De su vastísima producción dramática podemos enumerar los siguientes títulos, que de alguna manera tuvieron una cierta resonancia cuando se estrenaron: **ODIO HEREDITARIO LA POLITICOMANIA, EL ABRAZO DE ACATEMPAN, EL TIRANO DOMESTICO, LA HIJA DEL CANTERO, MARTIN EL DEMENTE, LA CATARATA DEL NIAGARA, BORRASCAS DE UN SOBRETUDO, LA MUERTE DE LINCOLN, LOS GRANDES TAHURES, LA MONJA ALFEREZ, EL OTRO, LA INTERVENCION AMISTOSA, EL PLAGIO, LOS MISERABLES, LOS DIOS SE VAN, EL HOMBRE QUIERE, LA MUELA DEL JUICIO, LA MULATA DE CORDOBA, UN MEXICANO EN PEKIN, CECILIO CHI EN LAS MATANZAS DE VALLADOLID, LA RUBIA Y LA MORENA, EL AVE NEGRA, LOS DIOS DE PAPEL, LA RIFA ZOOLOGICA, CONCURSO DE BELLEZA, EL SUEÑO DE UN LOCO, LA HUELGA Y JUANA DE ARCO.**

Juan A. Mateos, protagonizó también uno de los casos curiosos en la historia de la dramaturgia mexicana, al formar una mancuerna de escritores dramáticos con otro de los grandes literatos y políticos del siglo XIX, don Vicente Riva Palacio, juntos, a partir del año 1871, escribieron varias de las obras de mayor éxito en su momento, de las que destacan: **EL ODIO HEREDITARIO, BORRASCAS DE UN SOBRETUDO, LA HIJA DEL CANTERO, EL ABRAZO DE ACATEMPAN y EL TIRANO DOMESTICO.**

Enorme éxito tuvieron ambos escribiendo juntos para el teatro, sin embargo, poco duró ese "matrimonio intelectual", ya que las circunstancias políticas de aquellos años, les obligaron a separarse. En plena intervención, el presidente Juárez sale de la Capital a defender el gobierno Republicano y Vicente Riva Palacio mar-

cha con él, mientras que Juan A. Mateos permanece en México continuando su labor como dramaturgo por su cuenta. Al parecer ciertas desaveniencias políticas los separaron, no obstante, el tiempo y los cambios de fortuna política los volvieron a reunir durante el porfiriato aunque ya no continuaron escribiendo al alimón para el teatro. Mateos por su parte, muy afecto a adaptar para el teatro novelas de éxito, acudió a varias de la inspiración de su antiguo compañero de pluma como **LA MONJA ALFEREZ, MARTIN GARATUZA o LOS PIRATAS DEL GOLFO**, para darles forma dramática.

El teatro de Juan A. Mateos llegó a mover de sus asientos a los espectadores teatrales para salir a las calles a vitorear al autor, hinchó los ánimos patrióticos llevando incluso, en ocasiones, al público a entonar estrofas del Himno Nacional, generó disgustos a estudiantes e intelectuales de avanzada y, ante todo, cada estreno constituía un acontecimiento que solía ir precedido de grandes expectativas que culminaban en polémicas entre los pasillos del teatro o en charlas de café.

Para el año de 1901, la llamada entonces Sociedad de Autores Dramáticos, amigos y admiradores del dramaturgo consagrado don Juan A. Mateos, organizaron una celebración que a decir de los cronistas de la época resultó muy lucida y conmovedora; para festejar el cincuenta aniversario de la presentación de su primera obra dedicada al teatro.

A su muerte, acaecida en 1913, muchos hombres de teatro lamentaron profundamente su muerte y la calificaron como "pérdida irreparable para el teatro nacional, etc." y sin embargo conforme el tiempo y los acontecimientos teatrales transcurren en nuestro país, el polvo del olvido ha venido haciendo mella de la vida y la obra de este importantísimo y fundamental autor dramático del siglo XIX.

Hoy de sus restos nos quedan algunas de sus obras dramáticas editadas en una antología de teatro del siglo pasado, su novela **EL CERRO DE LAS CAMPANAS** y alguna otra más perdida entre los anaqueles de alguna biblioteca, y el nombre de una calle que lo recuerda en la Colonia Obrera de la ciudad de México.

¿Qué se hizo de su gloria y fama ganada durante

gran parte del siglo de las luces? ¿Porqué recordamos más a Manuel Eduardo de Gorostiza, a Fernando de Calderón, a Peón Contreras y no a él que fue pilar de la dramaturgia de su tiempo?

Para contestarnos esta pregunta habría que emprender dos caminos: el estudio de su obra dramática y el de su vida propia.

En ambos casos la historia se mostró implacable con él. En lo que se refiere a su obra es notoria la falta de una consistencia formal y temática que le hubiera permitido perdurar. Se siente en su teatro, mas el documento valioso para el investigador de la vida y costumbres del siglo diecinueve, que el poder cautivador de conflictos dramáticos que nos muevan a representarlos. En cuanto a la vida de Juan A. Mateos habrá que decir algo lamentable: Aún cuando este literato se haya distinguido como un apasionado defensor de la República y las causas liberales; en los momentos de divisiones y cambios políticos importantes optó para su desgracia por el bando perdedor ante la historia; tanto así que el historiador Ernesto de la Torre lo llama "escritor de sancoschos, tráfuga del imperio que propuso la reelección indefinida. . ."³ de don Porfirio Díaz en 1886 siendo diputado ante el XIII Congreso Constitucional.

Mateos no es, o al menos, no oficialmente, oriundo del Estado de México. Aunque podríamos conjeturar su nacimiento en el poblado de Lerma, cercano a la ciudad de Toluca.

Según uno de sus biógrafos, don Ireneo Paz, Juan Antonio Mateos nació en la Ciudad de México y a causa de la intervención norteamericana, en 1847 su familia se trasladó a Toluca donde él y su hermano realizaron sus estudios. Tendría Mateos por entonces alrededor de dieciséis años, tomando en consideración el dato que marca como fecha de su nacimiento el año de 1831. Algo cautivó de la vida y el paisaje mexiquense de aquella época a nuestro autor, que sin dudar manifestó su afinidad y apego a esta región, donde innegablemente se despertó su vocación literaria. Así nos lo hace saber Clementina Díaz y de Ovando:

"Mateos en su novela *EL CERRO DE LAS CAMPANAS* asegura que fue en esta ciudad

de Toluca, a la vista del nevado, el Xinantécatl, donde se despertó su vocación literaria: 'mis primeros cantos fueron para tí, mis primeras inspiraciones de poeta se desprendieron de mi alma a tu contemplación. . .'"⁴

Por otra parte, Mateos tuvo la fortuna de que por las fechas en que su familia se instaló en Toluca, el legendario Instituto Literario de Toluca iniciara sus funciones bajo la dirección del Licenciado Felipe Sánchez Solís, y bajo la tutela literaria de otro de los grandes hombres de letras que influyeron en el pensamiento político y social de entonces: Ignacio Ramírez, quien los domingos por las mañanas dictaba una cátedra denominada de "Bellas Literatura" a la que asistían los hermanos Manuel y Juan Antonio Mateos, junto con un muchacho guerrerense de facciones muy indígenas llamado Ignacio Manuel Altamirano.

La maestra Margarita García Luna, en su valiosa investigación sobre la fundación y la vida del Instituto Literario, nos hace descubrir entre los nombres de los alumnos fundadores, precisamente al autor dramático que hoy nos ocupa.⁵

De lo anterior podemos inferir que la vida y la obra de este autor dramático y novelista, mantuvo especiales nexos con el Estado de México.

Juan A. Mateos en sus 82 años de vida, bien podría ser la pauta para, precisamente, escribir una novela histórica, muy cercana a las que él mismo escribió.

Hombre de su tiempo, vivió y en variadas ocasiones fue partícipe de los episodios más trascendentales de la historia del México Independiente; La intervención norteamericana, El Juarismo y la Reforma, La intervención Francesa, El Imperio, La República Restaurada, El Porfiriato, hasta llegar al estallamiento revolucionario de 1910.

Sus contemporáneos, lo mismo lo alababan y admiraban, como también lo despreciaban, ante sus devaneos políticos. Clementina Díaz y de Ovando, registra precisamente una silueta humorística de nuestro escritor publicada en *EL DIARIO DEL HOGAR* el 4 de Enero de 1882, y que me parece imprescindible citarla para mos-

trar desde la óptica de su tiempo la personalidad de Juan A. Mateos:

"Dramático, retórico, político,
mas que un zorro es un lince en la política,
víctima eternamente de la crítica
por decidor, por falto y por herético.
Es mas que pensador buen aritmético,
su musa retozona y sibarítica
aerimonia a la cabeza jesuítica.
¡Es un bardo en verdad peripatético!
... "6

Mateos comienza de muy joven su carrera literaria y ya en 1851, a los veinte años, lo encontramos escribiendo poesías alusivas a la solemne inauguración de los talleres de litografía y tipografía del Instituto Literario y para 1853, lo vemos también ya, luchando con las armas defendiendo las causas liberales y combatiendo contra el ejército francés.

En 1861 con el triunfo del Partido Liberal, Mateos inicia su vida como autor dramático al lado de su primer compañero de viaje en la dramaturgia don Vicente Riva Palacio. De la producción dramática de esta mancuerna sabemos que en 1871 se publicaron algunas de las obras en una antología que llevó el título de **LAS LIRAS HERMANAS**.

Su primera obra y el primer éxito de Juan A. Mateos al lado de Riva Palacio fue el melodrama titulado **ODIO HEREDITARIO** estrenada el 27 de Enero de 1861 en el Teatro Iturbide. Se trató, al parecer, de una especie de refundición del drama shakespireano **ROMEO Y JULIETA**. La obra tuvo un éxito inusitado y he aquí lo que nos dice al respecto Enrique de Olavarría y Ferrer:

"A su versificación fluida y sonora unía la composición escenas de mucho interés y valió a sus autores grandes aplausos. Riva Palacio y Mateos fueron llamados tres veces a escena.
En la segunda recibieron coronas y multitud de versos cayeron de las galerías a las

salas. Una música militar, obsequio de González Ortega, les saludó con dianas cuando se presentaron en el foro y los acompañó después hasta su casa habitación de Riva Palacio. Este fue el éxito que obtuvieron con su primera obra dramática repetida en distintos días y en todos con mucho aplauso" 7

No se puede dudar que la benevolencia del público ante un estreno teatral en aquellos años, despierta una cierta nostalgia de aquellos remotos tiempos en los dramaturgos contemporáneos. Y no es para menos, el homenaje que recibieron los autores por su **opera prima**, está más cerca de los que suelen recibir los toreros en una tarde apoteósica que de los que comunmente reciben los dramaturgos.

Al éxito de **ODIO HEREDITARIO** sobrevino la comedia en tres actos **BORRASCAS DE UN SOBRETODO** estrenada el 10 de marzo del mismo año. Siguiendo con una comedia en que satirizaban ciertos vicios imperantes en el ambiente político con el obvio nombre de **POLITICOMANIA**.

El 12 de Noviembre de 1862, estrena otra obra que, sin lugar a dudas, aparte del infaltable éxito obtenido, es un drama que tuvo la virtud de ser de las primeras en teatro mexicano en presentar a tipos y personajes populares, en este caso a un artesano, cuya hija debe resistir castamente las injurias y calumnias de la aristocracia para poder así demostrar que la virtud está del lado del pueblo y no de los pérfidos aristócratas conservadores. Y llevó por título **LA HIJA DEL CANTERO**.

El 27 de julio de 1862 se estrenó en el teatro principal **LA CATARATA DEL NIAGARA**, melodrama nacionalista que sirve para demostrar la perfidia de los soldados yanquis, y en general de lo inhumano que son los ejércitos invasores.

Después vendrían obras como **EL ABRAZO DE ACATEMPAN** o **EL PRIMER DIA DE LA BANDERA NACIONAL** obra ganadora de un concurso convocado por el gobierno. **EL INCENDIO EN EL PORTAL DE MERCADERES**, **LA LEY DEL UNO POR CIENTO** y una en la que se hace especial mofa al hijo natural de

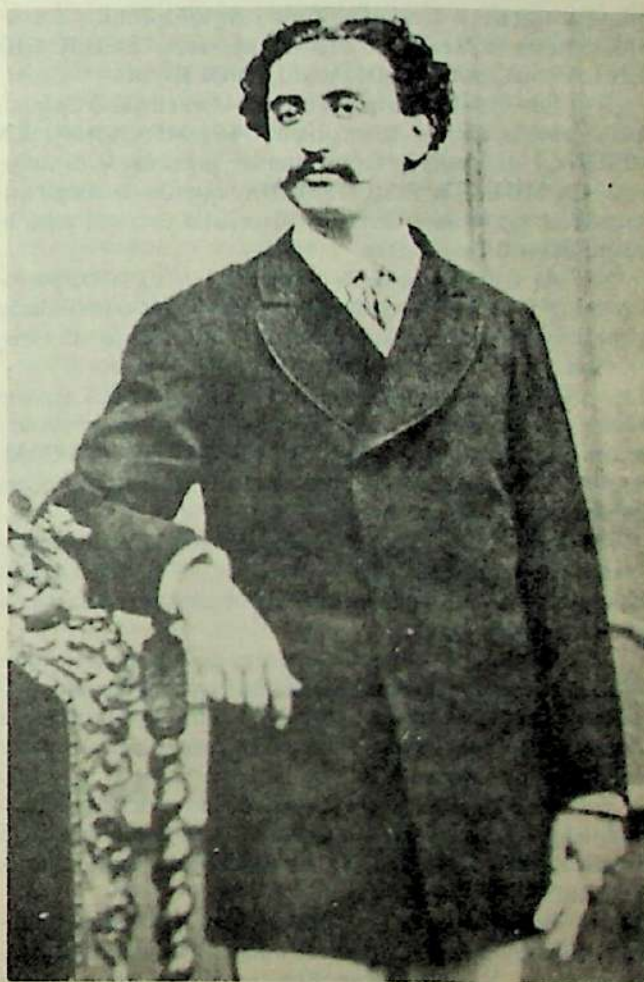
José María Morelos, Juan Nepomuceno Almonte por sus inclinaciones intervencionistas, llamada **EL TIRANO DOMESTICO** estrenada el 26 de Enero de 1862, entre otras obras más.

Al llegar al fin de esta mancuerna dramática, Juan A. Mateos aparte de continuar solo con su carrera como autor, prosiguió con su labor como periodista.

Uno de los sucesos que marcan con mayor claridad las contradicciones en la postura ideológica de Mateos fue aquel en que aceptó ser Secretario General del Ayuntamiento de la ciudad de México en enero de 1865. Situación al parecer de muchos de sus correligionarios, inaceptable: Juan A. Mateos, liberal a ultranza, pasa a colaborar directamente con la administración del Imperio. Muchos desde luego, nunca se lo perdonaron. Sin embargo, de manera simultánea a su cargo público en la política imperial, Juan A. Mateos como periodista luchaba por la causa republicana en un periódico denominado **LA SOMBRA**, y posteriormente como redactor en jefe del famosísimo periódico **LA ORQUESTA**, en donde por cierto, Mateos se vió envuelto en un serio lío de censura política. El 22 de Marzo de 1865, en un editorial escrito de su puño y letra, Mateos tuvo la osadía de condenar las cortes marciales impuestas por el Imperio y hacer la apología de Nicolás Romero, el más famoso guerrillero republicano recientemente fusilado por las fuerzas imperiales. Así, en medio de un escándalo entre periodistas, Mateos fue conducido brevemente a prisión.

No obstante lo anterior, continuó escribiendo artículos en contra de un proyecto del Mariscal Bazaine que intentaba colonizar el Estado de Sonora con la ayuda de un norteamericano de apellido Gwin. Mateos, de nueva cuenta es enviado a prisión. Y al salir de ésta en Julio, regresa por sus fueros a la escena con un drama titulado **LA MUERTE DE LINCOLN**, estrenado el 21 de Junio de 1867, obra que al parecer intentaba apartarse de contenidos políticos de actualidad y referirse de manera exclusiva al reprobable magnicidio del prócer norteamericano. Sin embargo la concurrencia no lo tomó así y propició un acontecimiento singular en la historia del Teatro Principal. Si bien la obra no gustó mucho al respetable, salvo algunos versos dirigidos a la libertad. El público enardecido de espíritu nacionalista pidió, a con-

secuencia de los susodichos versos, que la primera actriz Concha Méndez cantara para regocijo general la celeberrima canción de Vicente Riva Palacio "Adiós Mamá Carlota". La insigne actriz, que en el Imperio había recibido distinciones de parte de la Emperatriz, se negó desde luego a interpretarla. Un actor tuvo que salir a escena a disculparla, ya que según él, la compañía ignoraba la



letra de la canción. El público entonces se empeñó en que Concha Méndez interpretara "La Paloma".

La actriz accedió, sin embargo ante las constantes interrupciones de los asistentes, tuvo que concluir su interpretación entre sollozos, siendo víctima de la insensibilidad general.

Como consecuencia de sus ímpetus contra el Imperio en el plano periodístico, Juan A. Mateos fue enviado nuevamente a prisión. Primero a San Juan de Ulúa y posteriormente a Yucatán, donde en ese peculiar destierro, estrena en Mérida un drama histórico: **CECILIO CHI EN LAS MATANZAS DE VALLADOLID**.

Por esas fechas estrena dos obras en verdad singulares, ambas plenas de exotismo: **UN MEXICANO EN PEKIN**, y una basada en la popular leyenda de la Colonia: **LA MULATA DE CORDOBA**, que desde luego antecede al texto que Xavier Villaurrutia escribió para la ópera del mismo nombre.

Al triunfo de la República y por su labor periodística a favor de la causa liberal, Mateos es rehabilitado y perdonado por su fugaz colaboración con la administración del Imperio.

Para entonces, a partir de 1867, Mateos escribe teatro, funda periódicos y publica sus primeras novelas entre las que cabe destacar a **EL CERRO DE LAS CAMPANAS**, y que le da un lugar, ciertamente modesto, en la historia de la literatura mexicana.

En 1869 Juárez lo nombra Secretario de la Suprema Corte de Justicia y a partir de 1873 comienza su labor como representante popular ocupando una curul en el Congreso.

Desde allí se lanzó en contra de la entonces innovadora educación positivista, alentada por el propio Juárez y puesta en práctica por Gabino Barreda, al fundar la Escuela Nacional Preparatoria. También para su propia desgracia, Mateos en 1867, se lanzó en contra del triunfo del Plan de Tuxtepec encabezado por Porfirio Díaz y Manuel González. Por ello, ante su falta de oportunidad política, Juan A. Mateos se vio precisado a abandonar la Cámara.

Mientras tanto, prosigue con su labor en la literatura, sitio en donde al parecer encuentra seguridad y satisfacciones. Durante estos años de 1876 a 1883 es cuan-

do produce sus obras dramáticas de madurez, que, por otra parte, nos manifiestan muy claramente las proverbiales contradicciones de su personalidad. Escribe **LOS GRANDES TAHURES**, **LA MUELA DEL JUICIO**, **EL OTRO**, **LOS DIOS SE VAN**, **LA MONJA ALFEREZ**, **LA RUBIA Y LA MORENA**, **EL AVE NEGRA**, entre otras.

De las dos primeras se trata de comedias de una extrema sencillez, y de un humor ciertamente ingenuo, pero que el espectador de entonces disfrutaba a sus anchas.

En cuanto a **EL OTRO**, Manuel Gutiérrez Nájera, inmejorable cronista teatral de su tiempo, no dejó pasar oportunidad de acercarse a la obra del dramaturgo más prolífico de aquellos tiempos, y nos legó una crónica referida al estreno de **EL OTRO**, drama de celos y de triángulo amoroso que también antecede en algo a la obra de Julio Jiménez Rueda **LA SILUETA DE HUMO**. Gutiérrez Nájera, quizá de manera tramposa, no nos muestra su punto de vista, sino que permite que por conducto de su pluma los espectadores hablen y manifiesten sus impresiones ante el exitoso estreno de la obra de Mateos:

"Cae el telón, el hilo eléctrico del entusiasmo une a los espectadores del más humilde cuchitril del paraíso con el elegante público de las butacas; se olvidan añenos odios y divisiones de partido; nadie permanece frío ante victoria tan completa . . . baten palmas y prorrumpen en estridentes bravos, en tanto que Mateos, conmovido por ovación tan justa, se mira vencedor en el proscenio. Cae el telón: **EL OTRO** viene a colocarse en el anfiteatro de la crítica, allí se le comenta en un corrillo de literatos y poetas, mas allá analizan su intención filosófica algunos moralistas descontentos y las damas, autoridad segura en ciertos casos, encomian a más y mejor su indisputable mérito. . . "

En Enero de 1878 la compañía del Principal estrena una obra de Mateos, que sin lugar a dudas resulta

ser la que mejor expresa las contradicciones del autor en su hacer político y que también resultó ser su obra de mayor éxito.

Su nombre: **LOS DIOSES SE VAN**. Drama en que Mateos se propone denunciar la supuesta desmoralización y decadencia de la juventud de entonces y la corrupción que, a su juicio, se generaba en la impartición de la justicia con la instauración de los jurados populares.

La obra desató un verdadero escándalo, comentado en la mayoría de los diarios, acalorados debates en las charlas de café y un extraordinario éxito de taquilla.

LOS DIOSES SE VAN, tiene como verdadera intención atacar, por considerarlo un camino hacia el libertinaje, el sistema educativo positivista implantado, bajo la absoluta anuencia del Presidente Juárez, en la recién fundada Escuela Nacional Preparatoria.

Con ello nuevamente Mateos fue impugnado por sus correligionarios liberales al convertirse en el portavoz ideal de la parte más conservadora y reacia a todo cambio del México de entonces. Y así, no tardaron en manifestarse, también, con todo su humor grueso los elementos más activos de los grupos estudiantiles de entonces.

Durante las representaciones de la obra, grupos de jóvenes armaban escándalo dando patadas en el piso y gritando. En una corrida de toros, grupos de estudiantes, "fusilaron" a naranjazos al actor Galza, primer actor en el reparto de la obra y por último, durante una de las tantas representaciones, arrojaron una soberana corona de alfalfa como demostración de su desprecio al autor de la obra que denigraba el espíritu de cambio de los jóvenes estudiantes de aquellos años.

LOS DIOSES SE VAN, es ciertamente un melodrama mal construido en el que el autor intenta entrelazar dos asuntos: El cambio en la vida estudiantil promovido por la educación positivista y la instauración de los jurados populares, sin lograrlo. El tercer acto, que nos marca el desenlace de los conflictos planteados en los actos anteriores, es en realidad el inicio de otro drama pero con los mismos personajes. De ahí que el tema planteado al inicio del drama: la desmoralización de la juventud, se ve subordinado al asunto de los jurados popula-

res; quedando por lo tanto, un final por demás, previsible y bastante endeble.

Sin embargo, la obra en sí resulta ser un extraordinario documento histórico, en que se ven reflejadas no sólo la vida y costumbre de los centros de estudio de entonces, sino que también nos manifiesta con gran precisión, los argumentos con que la reacción debatía su rechazo al cambio en la mentalidad y en los sistemas de estudio en la educación superior de entonces.

LOS DIOSES SE VAN, es desde luego una obra que en sus planteamientos se quedó lejos de los que la realidad histórica nos manifestó. El cambio a la educación Positivista en los centros de enseñanza superior, no degeneró ni pervirtió a la juventud de entonces. Y sí, en cambio, permitió la entrada de una actitud científica ante el conocimiento. Y es curioso observar que en esta época en que nuestras universidades están en crisis y que movimientos estudiantiles y académicos propugnan por cambios en la vida universitaria; algunos sectores de nuestra sociedad se manifiestan con los mismos argumentos con los que Mateos, en boca de sus personajes, deplora los cambios en la educación superior.

Bástenos acercarnos someramente al personaje de don Anselmo, padre abnegado, que ve con impotencia como la soberbia, la abyección y el vicio se han apoderado de los centros de estudio, y que su hijo Gilberto, uno de los líderes del movimiento renovador, se convierte en un calavera sin los más humanos sentimientos: El respeto al honor de una pobre muchacha.

Con ello deducimos que, según Mateos, "todo cambio, es en realidad un paso hacia el abismo y la perdición".

He aquí como muestra un diálogo que establece Don Anselmo con Santelice, el tutor de la escuela y Gilberto.

ANSELMO.— De vuestro lado está la capacidad, la instrucción, la experiencia, dónde iríamos a parar si los hombres fuertes en la conciencia de sus deberes, no se dejasen llevar por las aspiraciones de los niños jóvenes? acabó la escuela ascendente, ahora los viejos necesitan volverse niños para legislar... ¡La sociedad avanza!

SANTELICE.— Está usted montado a la antigua.

ANSELMO.— ¡Sí, pertenezco a esa generación que ha encanecido en el estudio, que ha rendido sus homenajes a la sabiduría de nuestros grandes hombres, que ha glorificado la pluma de nuestros historiadores, que ha venerado la oratoria de nuestra tribuna, y ha esculpido con letras de oro los grandes hechos de nuestros patricios!.

GILBERTO.— Padre, esta generación aspira a los fueros de la época.

ANSELMO.— Y comienza por sustraerse a la acción de las leyes amenazando al Estado con una huelga.

SANTELICE.— Os aconsejan vuestras rancias ideas; dejad el paso a lo que viene; los restos de la antigua generación forman un dique muy débil a las ideas de la época.

ANSELMO.— ¡Las ideas de la época! y pensáis que puede sucedernos dignamente esta juventud enerva-

da de la que una mínima parte bebe en las fuentes del saber humano, juventud que ostenta su virilidad en los focos de corrupción social, y su apocamiento en las grandes virtudes, que entra sacrílega a las catacumbas del siglo y esparce al viento las cenizas de los héroes y de los mártires!⁹

En fin, el gran mérito de **LOS DIOSES SE VAN** radica en el hecho de haber entrado de lleno al centro del debate entre liberales y conservadores por un modelo de cultura e ideales nacionales. Para desgracia de Mateos; nuevamente, lo encontramos equivocado ante su realidad histórica, manteniendo una actitud hostil ante las transformaciones sociales, tal como lo dice Don Anselmo al final de **LOS DIOSES SE VAN**:

ANSELMO (. . .) huyamos de esta sociedad escarnecida, cuya miasma emponzoña el aliento de dos generaciones; la virtud se muere, la



moral se corrompe, el vicio impera, los Dioses se van!¹⁰

El 2 de Octubre de 1880 Juan A. Mateos, regresa por sus fueros a la Cámara de Diputados y protagoniza una polémica entre los liberales de la vieja guardia, donde se encontraba él mismo, y los jóvenes liberales educados bajo los preceptos de la Educación Positivista, llamados popularmente como "Los científicos". Entre los puntos de disputa se encontraba la actitud anticlerical y jacobina de los viejos liberales, actitud que para finales del siglo diecinueve se encontraba fuera de lugar. Mateos, para entonces se encontraba del lado contrario de la Historia y así nos lo hace saber un periodista llamado Francisco G. Cosmes: "Nada ha cambiado en Mateos, ni las ideas, ni la oratoria, ni el estilo. Piensa lo mismo que pensaba en 1861".

Muchos de los discursos de Mateos en ese entonces movieron incluso a la risa a compañeros de cámara y contemporáneos suyos por la extemporaneidad de sus conceptos y el tono ampuloso de sus frases. Aunque, cabe reconocer que en muchos de sus discursos estaban presentes propuestas interesantes para la mejoría de la vida social y política de la nación.

En 1881 Mateos estrena otra obra motivo de escándalo, aunque por otras causas: **EL AVE NEGRA**. Al parecer se trató de una breve y menor, no obstante el ojo de la crítica de su tiempo observó en ella un flagrante plagio. Según parece, Mateos, por alguna circunstancia tuvo cierto conocimiento de la traducción de un drama francés intitolado **LA FAMILIA LAMBERT**, traducida y representada en México en 1857.

El autor, con toda dignidad salió en su defensa en un desplegado en la prensa intentando justificar su total desconocimiento de la obra anterior.

Pero, no convenció mucho ni a críticos, ni a detractores, ni a sus propios seguidores y amigos. Muestra de ello es el comentario que hace al caso su amigo y crítico Manuel Gutiérrez Nájera:

"Parece imposible que un escritor como el señor Mateos que tiene en el cofre de sus joyas perlas como **EL OTRO** de a la escena

como obra original un drama que ha traducido el señor Vargas . . . Yo perdono todos los plagios cuando el plagiario puede decir. . . : —Yo no robo, conquisto. Pero este plagio crispa mis nervios.¹²

Sin embargo para darle un mentís a amigos y enemigos, Mateos estrenó de inmediato una secuela de aquella obra al parecer mal habida, y si aquella llevaba por título **EL AVE NEGRA**, esta se llamó **EL AVE BLANCA**.

En 1883 muere su esposa, Doña Ana Cejudo, quien por cierto fue una actriz de renombre, que desde luego actuó en varias de las obras de su marido.

Por esas fechas, se sabe que en la ciudad de Toluca estrena una obra de título sugestivo **LOS NIHILISTAS**, de la cual nada sabemos, hasta el momento.

En 1886, de nueva cuenta envuelto en los avatares de la política, se confiesa Porfirista a ultranza y pronuncia su famoso discurso proponiendo la reelección indefinida del general Porfirio Díaz; no obstante en 1887 se desdice y pronuncia otro discurso oponiéndose a la reelección, lo cual de nueva cuenta le valió enemistades con sus correligionarios.

En la última década del siglo XIX, Mateos publica nuevas novelas y al inaugurarse el siglo veinte, el 21 de Febrero de 1901 recibe un cálido y emotivo homenaje por sus "bodas de oro" como dramaturgo.

También en ese año publica su novela **SEPULCROS BALNEADOS** que curiosamente resulta ser un retrato de las contradicciones sociales del México prerrevolucionario.

En 1909, bajo el auspicio del Gobierno del Distrito Federal, como parte de un programa tendiente a moralizar a las clases trabajadoras, escribe un drama intitolado **LA HUELGA**, en la cual Mateos "quiso poner de relieve los grandes perjuicios que las huelgas ocasionan al obrero honrado y trabajador" (¡!)¹³. Lo cual no deja, sin lugar a dudas, de escandalizarnos, pero en sentido contrario. Esta obra en nuestro tiempo provocaría el descontento y la reprobación de buena parte de nuestras clases trabajadoras, incluyendo a sindicatos oficialistas.

Juan A. Mateos, todavía alcanza a escribir una novela, antes de su deceso: **LA MAJESTAD CAIDA** en donde trata de testificar la caída de Porfirio Díaz y que precede en todo al género de la novela de la Revolución Mexicana.

También estrena un drama más **JUANA DE ARCO**, para finalmente morir octogenario en 1913 en la ciudad de México; fue sepultado con los máximos honores que se le pueden brindar a un intelectual, siendo trasladados sus restos tiempo después a la Rotonda de los Hombres Ilustres.

A 75 años de la muerte de este dramaturgo mexicano, que gozó en vida de la gloria y el éxito literario, cuya prolífica obra nos asombra de sobremanera y que provocó tumultos y disputas, nada o casi nada al parecer



ha perdurado de su producción dramática. El que fuera uno de los pilares del teatro mexicano del siglo diecinueve, yace ahora en las profundas sombras de nuestro olvido. De ahí que considero importante adentrarnos en la vida y en la obra de este autor, que independientemente del tiempo en que vivió, es un fiel espejo de nuestros vicios y virtudes. Y aquí cabe concluir con el siguiente cuestionamiento:

¿Cuántos de los más famosos autores dramáticos de nuestra época, muchos ansiosos de inmortalidad, lograrán sobrepasar la barrera del olvido que Don Juan A. Mateos, no pudo lograr.

CITAS A: *JUANA. MATEOS, UN DRAMATURGO OLVIDADO*

1. Cit. por: Martínez José Luis, en México en busca de su expresión", p. 1021.
2. REYES DE LA MAZA, Luis, *CIRCO MAROMA Y TEATRO*, p. 145.
3. DE LA TORRE, Ernesto, "Segundo Período Presidencial de Díaz...", pp. 2275-2302.
4. DIAZ Y OVANDO, Clementina, Prol. a: *EL CERRO DE LAS CAMPANAS*, p. X.
5. GARCIA LUNA, Margarita, *EL INSTITUTO LITERARIO DE TOLUCA*, p. 34.
6. DIAZ Y OVANDO CLEMENTINA, Prol. a: *EL CERRO DE...*, p. IX.
7. OLAVARRIA Y FERRERI, Enrique de, *RESEÑA HISTORIA DEL TEATRO EN MEXICO*, pp. 663, 664.
8. GUTIERREZ NAJERA, Manuel, *OBRAS III...*, p. 49.
9. Mateos, Juan A., *LOS DIOS SE VAN*, pp. 8 y 9.
10. op. cit., p. 27.
11. DIAZ Y OVANDO, Clementina, prol. a *EL CERRO DE...*, p. XXXVI.
12. GUTIERREZ NAJERA, Manuel, *OBRAS III...*, pp. 130-132.
13. OLAVARRIA Y FERRERI, Enrique de, *RESEÑA HISTORICA DEL...*, p. 3207.